



demoras en un lazareto a Eugenia de Guzmán, la futura emperatriz de los franceses, y a su madre y hermana, con las que había hecho el viaje en la misma diligencia, anunciando que de no salir con ellas se negaría a concurrir a la corrida en que era indispensable.

Francisco Montes (*Paquiro*) marca una huella tan profunda como en su arte en las maneras y en la conducta de los toreros fuera de la plaza. Sin abandonar los hábitos de su clase modesta, va insinuándose entre las clases superiores, haciendo olvidar su condición taurina, que para la intimidad suscitaba recelos, y logra captarse las simpatías de todos. A una indicación de la reina Isabel II, acude a torear una corrida en Pamplona, estando retirado en Chiclana, en honor de los duques de Aumale y Nemours, hijos de Luis Felipe, y llega a hablarse muy válidamente del real propósito de conferirle el título de conde de Chiclana. Continúa en lo más profundo de la conducta la línea que marcara Pedro Romero, pero aventaja con mucho a éste en el pulimento de sus exterioridades. La época de *Lagartijo* y *Frascuolo* es de apogeo de prodigalidades y ruidos. Aún vive en Sevilla el señor Manuel Domínguez, ejemplo de bravos entre los riesgos y azares de guerras civiles, potreros y haciendas de la América del Sur en su momento más agitado. El torero tiene personalidad propia inconfundible. Viste chaquetilla corta, a veces de terciopelo, y sombrero calañés; recibe el homenaje admirativo de las clases superiores y el culto, que llega a idolátrico, de las populares, y figura lo mismo en el anecdotario político y aristocrático que en el suceso sangriento, plebeyo y callejero. Constituye un verdadero gremio radicalmente diferenciado de las demás profesiones hasta por sus signos externos. Contra ellos reacciona un torero singular por su origen y por sus maneras: Luis Mazzantini. Mazzantini viste como la burguesía opulenta de su tiempo; es rebuscado y escogido su lenguaje; sabe idiomas y su cultura es muy superior a la habitual entre los toreros. Tal actitud revolucionaria es acogida con hostilidad entre sus compañeros de profesión. Los escritores profesionales condenan estos hábitos, no resignándose a la pérdida de lo que consideraban, por tradicional y castizo, como consustancial con la profesión torera. Peña y Goñi escribe un ingenioso artículo, en el que le acusa de su preferencia por ser el último de los señoritos a la debida de ser el primero de los toreros. Mazzantini, ausente de España cuando se produce este ataque, aplaza el ventilar la cuestión hasta su regreso y envía al escritor sus padrinos, como era costumbre en aquella época de boga del duelo entre las clases superiores.

*Guerrita*, en cambio, que es taurinamente contemporáneo de Mazzantini, conserva las prendas de la indumentaria tradicional del toreo y, afectadamente, acentúa, sin corregir en nada, la brusquedad de su conversación y la procacidad de su vocabulario. Pero no se trata en este caso de la arbitrariedad indómita de los toreros pasados, sino que en su conducta más profunda y esencial debe pasar como modelo de comportamiento social bajo la más áspera de las cortezas.

En nuestros tiempos tiene en la torería más adeptos la posición de Mazzantini que la de Rafael Guerra. Los toreros—salvo excepciones, como los *Gallos*, que aún conservan, en parte al menos, la tradicional indumentaria de calle—procuran no subrayar con exterioridades la exhibición de su procedencia y profesión. Ricardo Torres (*Bombita*) disfruta el favor de las más aristocráticas clases; pero no en el plano pintoresco en que frecuentó tal trato un *Pepe-Hillo* o un *Cúchares*, sino con una pretensión de camaradería, que ni sus maneras, ni su educación, ni su sensibilidad condenaban por ambiciosa.

Juan Belmonte suprime un día su coleta, y su ejemplo es imitado por casi todos, y últimamente por todos. El torero afortunado da hoy la sensación de un joven de familia poderosa, en casos un tanto tronera, pero que, en sus modales y en la generalidad de sus costumbres, no desentona del tipo que se propone como modelo. Tan sólo en fiestas de campo—tentaderos o encerronas—gusta de vestir el traje corto campero, la calzona y los botos, el sombrero ancho y los zajones, imitado por los ganaderos y aficionados. Claro es que me refiero a los toreros de fama y fortuna. Los de posición más subalterna viven como pueden, alternan el presumir de su profesión torera en los centros más concurridos por sus compañeros con las industrias más remotas de su oficio con que suplen su falta de recursos.

(Fragmento de un capítulo del libro *Sobre toros*, de próxima publicación.)

